

An aerial photograph of the Basilica of Our Lady of Luján, a large white and brick building complex situated at the base of a rocky mountain. Atop the mountain stands the Cristo Rey cross, a tall, slender stone cross. The surrounding landscape is lush with green trees, and the sky is a clear, bright blue. The text 'LA LEY DEL SILENCIO por Alfredo Amestoy' is overlaid in the center of the image in a bold, white font with a yellow outline.

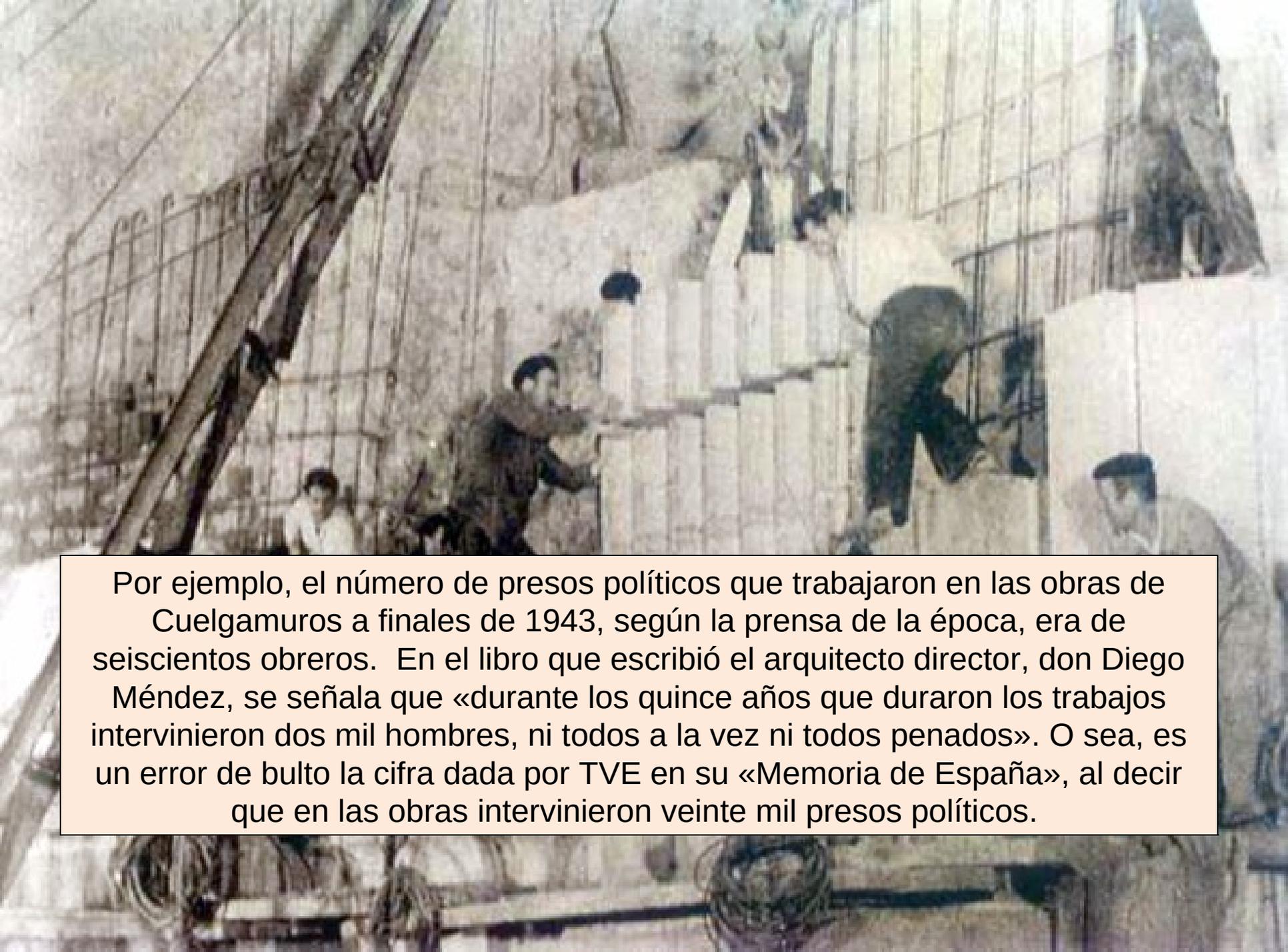
LA LEY DEL SILENCIO

por Alfredo Amestoy

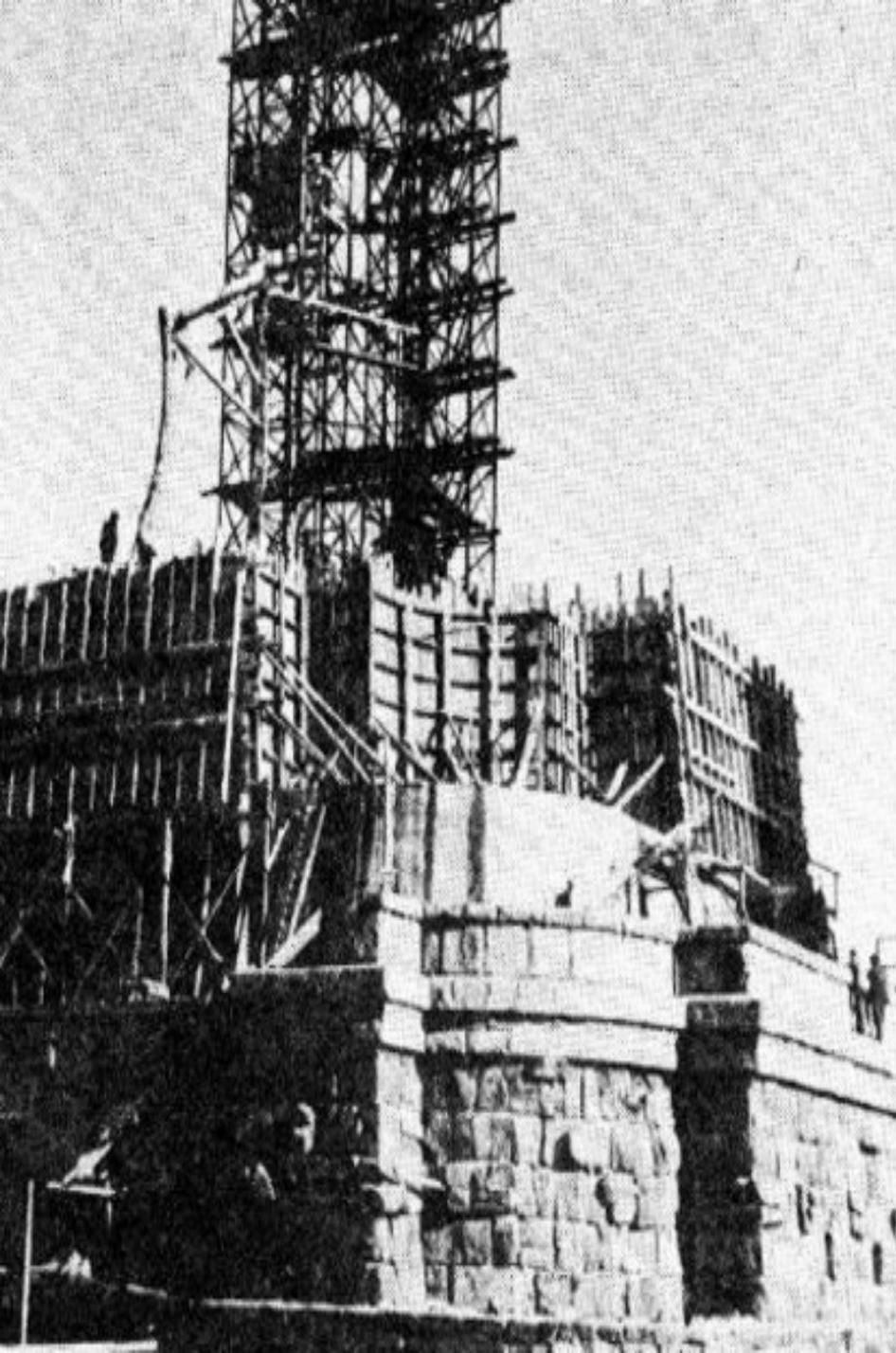
Antes de la promulgación de la Ley de la "Memoria Histórica" quizás hubiese convenido derogar la "Ley del Silencio" que en perjuicio de todos, vencedores y vencidos, ha regido en torno al Valle de los Caídos.

Como nunca se dieron a conocer datos sobre la construcción de la obra, un informe elaborado en 2006 por el socialista maltés Leo Brincat para el Consejo de la Unión Europea «con objeto de que se condene internacionalmente a la dictadura franquista», insistía en cifras que, después de muchas investigaciones, han sido rectificadas.





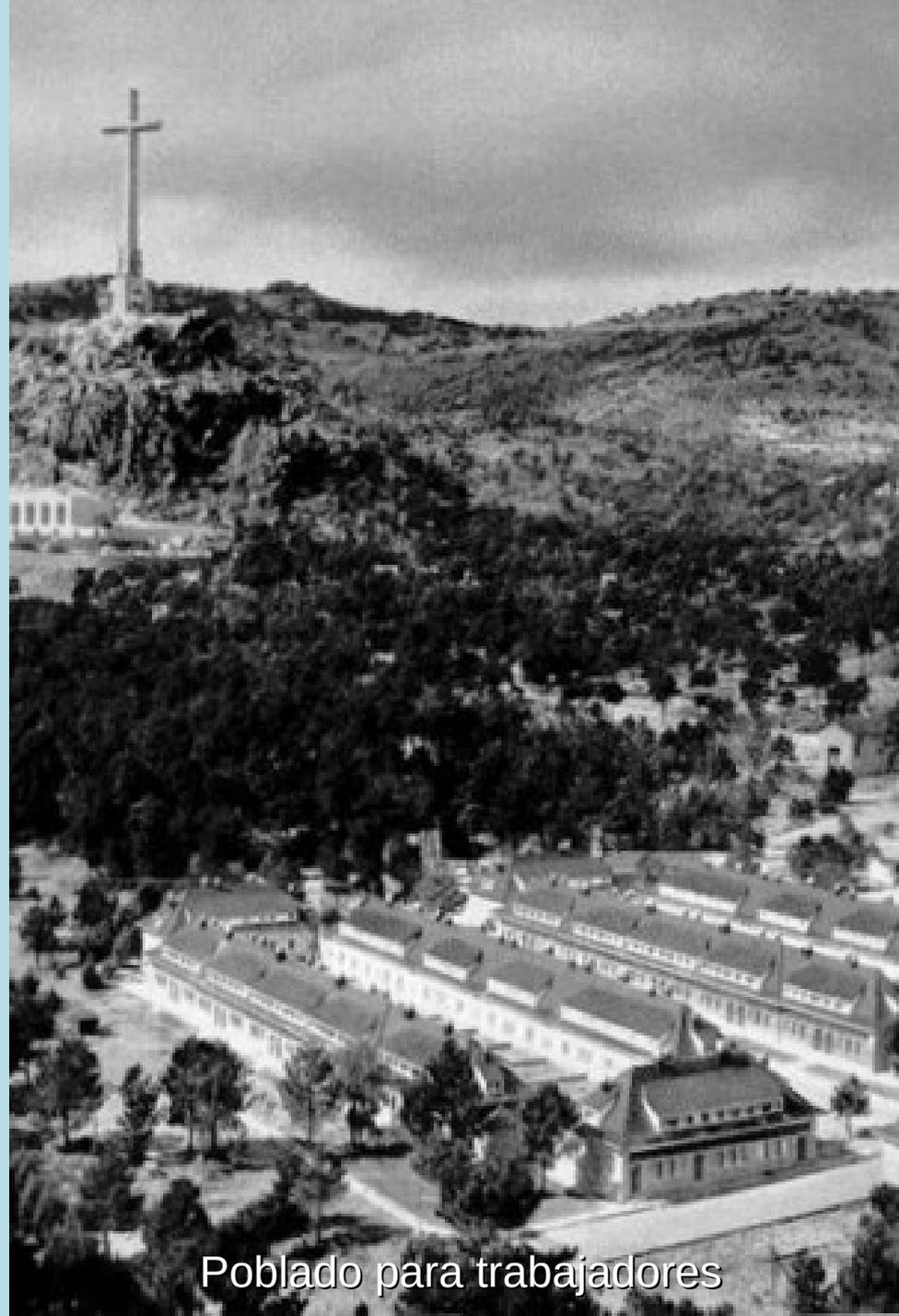
Por ejemplo, el número de presos políticos que trabajaron en las obras de Cuelgamuros a finales de 1943, según la prensa de la época, era de seiscientos obreros. En el libro que escribió el arquitecto director, don Diego Méndez, se señala que «durante los quince años que duraron los trabajos intervinieron dos mil hombres, ni todos a la vez ni todos penados». O sea, es un error de bulto la cifra dada por TVE en su «Memoria de España», al decir que en las obras intervinieron veinte mil presos políticos.



Documentos fehacientes rectifican los datos antes citados dados por el director y elevan la cifra de obreros a 2.643, de los cuales el número de penados no eran ni un diez por ciento: 243.

En 1950, de estos 243 presos, acogidos libremente a la «redención de penas por el trabajo» (seis días de redención por cada uno trabajado), así pues nueve años antes de que terminaran las obras y según la Fundación Francisco Franco, ya no quedaba en el Valle ni uno solo de ellos. Curiosamente, sí quedaban presos comunes que quisieron beneficiarse de condiciones tan favorables para poder redimir sus penas.

En 1979, Franco ya desaparecido, Francisco Rabal me comentó en pantalla que en los años cuarenta el único trabajo que encontró su padre, que era tunelero, fue el de horadar el Risco de la Nava, en cuyo interior se construiría la Basílica. Los Rabal, de ideas comunistas, estaban contratados y ocupaban viviendas que se habían construido para los trabajadores.



Poblado para trabajadores

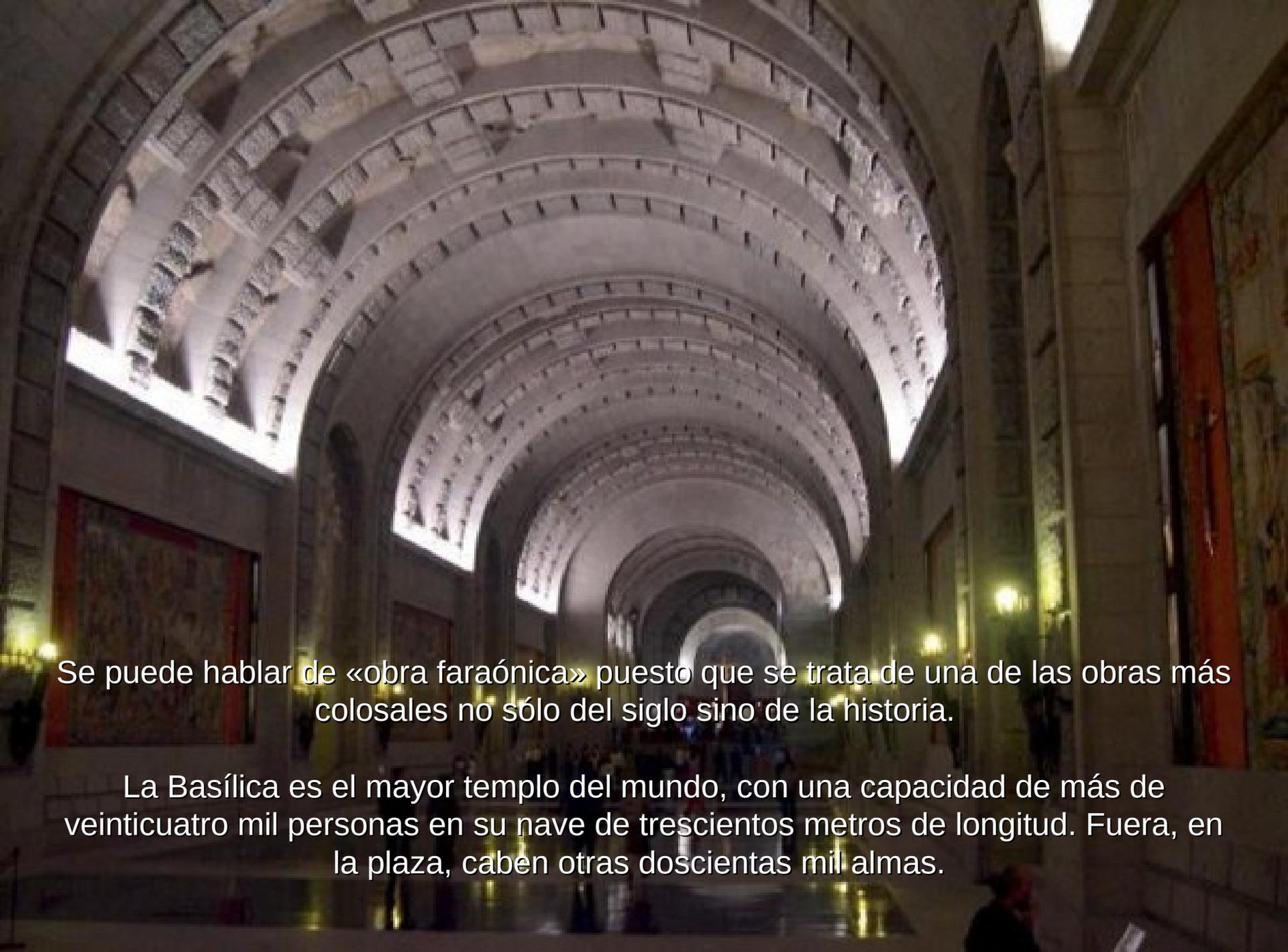


Su padre condenado a muerte, conmutada su pena y acogido finalmente al programa de redención de pena por trabajo, Gregorio Peces Barba estuvo viviendo allí. A los cuatro meses de residir allí toda su familia, el padre del político recibió la libertad condicional. Posteriormente dijo: «no puedo decir que hubiese estado arrancando piedras en el Valle, sería estúpido decir tal porque yo no hubiera sido demasiado útil arrancando piedras... en realidad estuve todo el tiempo trabajando en las oficinas».

No en las oficinas, sino en el dispensario estuvo otro preso que llegó de los primeros al Valle, en 1940, para redimir pena por trabajo: el doctor Ángel Lausín.

Redimida la pena, ya libre, decidió quedarse en el Valle hasta el final de las obras. Su testimonio como médico titular es que «en dieciocho años de obra faraónica hubo sólo catorce muertos». Menos que el índice estadístico de nuestra siniestralidad laboral actual.



The image shows the interior of a large, vaulted hall, likely the nave of St. Peter's Basilica. The architecture features a series of repeating arches supported by columns, creating a sense of depth and grandeur. The ceiling is high and appears to be made of stone or concrete, with some lighting fixtures visible. The overall atmosphere is one of historical significance and architectural scale.

Se puede hablar de «obra faraónica» puesto que se trata de una de las obras más colosales no sólo del siglo sino de la historia.

La Basílica es el mayor templo del mundo, con una capacidad de más de veinticuatro mil personas en su nave de trescientos metros de longitud. Fuera, en la plaza, caben otras doscientas mil almas.



La cruz no tiene parangón: a sus ciento cincuenta metros (altura superior a la de la Torre de Madrid en la Plaza de España) hemos de añadir su «base» -el Risco de la Nava- de mil cuatrocientos metros.

Pero el dato más increíble es que por el interior de los brazos de la cruz, un crucero de 46 metros, pueden circular simultáneamente dos automóviles.



En cuanto al costo de una obra de tales proporciones, se han barajado cantidades astronómicas, reprochando al régimen de Franco un gasto impropio de un país empobrecido. Las últimas cifras conocidas hablan de que, al cerrarse las cuentas, se habían invertido 1.033 millones de pesetas.

Este gasto hace tiempo que fue amortizado con los cuatrocientos mil visitantes anuales que contabiliza el Patrimonio Nacional en éste que es su tercer monumento más visitado, tras el Palacio Real y El Escorial.



Por otra parte, los mil millones de pesetas, que si bien entonces hubieran permitido construir tres estadios como el Santiago Bernabeu, hoy son «sólo» seis millones de euros, que es el precio que puede pagar por un jugador cualquier equipo de fútbol español de primera división.



S. JUAN



En cuanto al «salario del miedo» en los trabajos forzados, frente a las acusaciones de represión y «esclavitud» que adjudican al franquismo en la obras del Valle los grupos de izquierda y que reclaman recuperar la Memoria Histórica, la derecha presenta documentos con el objeto de demostrar que los presos, además de redimir pena por trabajo, percibieron, al principio, un jornal mínimo de siete pesetas más la comida, que pronto se elevó a diez pesetas diarias, más pluses por trabajo a destajo o por peligrosidad, lo que unido la vivienda y escuela gratuitas les permitió llevar a sus familias a residir en el Valle.

S. LUCAS



Nos recuerdan que un sueldo de trescientas a cuatrocientas pesetas mensuales en los años cuarenta y primeros «cincuenta» era lo que cobraba un profesor adjunto en la Universidad. Y el médico del Valle, el ya mencionado Dr. Lausín, superaba las mil pesetas mensuales, como el maestro, don Gonzalo –ex condenado a muerte– mil también; o el practicante, el señor Orejas, que cobraba más de quinientas.

S. MARCOS



La España de finales de la obra no tenía nada que ver con la de los años cuarenta. Lógico: en 1959, cuando se inauguró el Valle de los Caídos, llevaba tres años funcionando en España la televisión y había en ella un millón de receptores. Entonces fue cuando nos visitó -abrazo a Franco incluido- el vencedor de Hitler, Dwight D. Eisenhower, presidente de los EE.UU. En diciembre del mismo año un tren de alta velocidad -el TALGO- unió Madrid y Barcelona.

S. MATEO

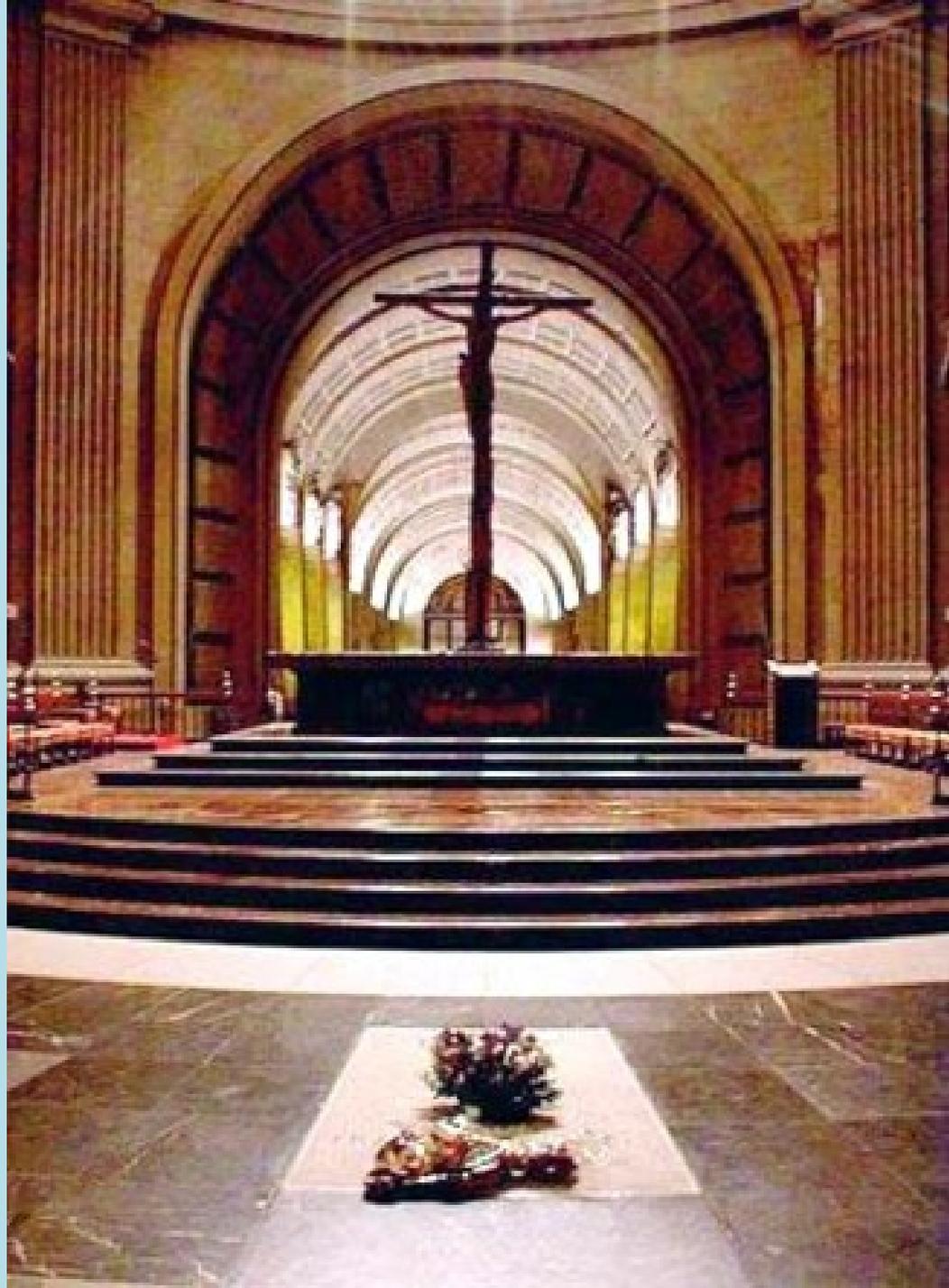


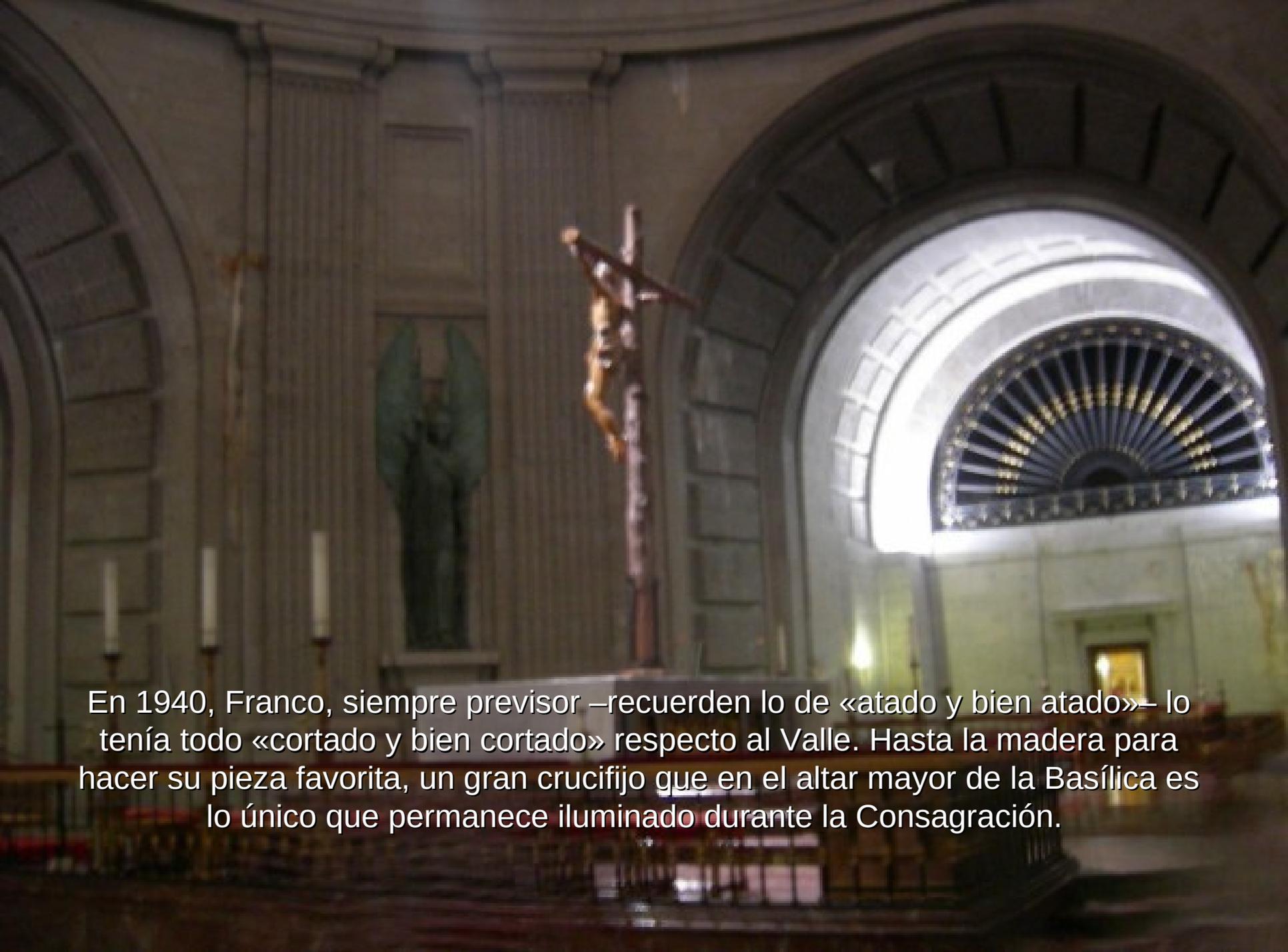
Se considera pues un despropósito la cifra de cincuenta céntimos que se ha llegado a publicar como salario que recibían los penados. Cabe pensar que tal insultante cantidad no hubiera sido consentido por los falangistas, como José Antonio Girón, ministro de Trabajo a la edad de veintinueve años, y que emprendió una política social que asustó a la derecha conservadora; ni tampoco por los arquitectos Muguruza o Méndez, autor y director del proyecto, ni por el progresista Juan de Ávalos, el artífice del conjunto escultórico del Valle de los Caídos.



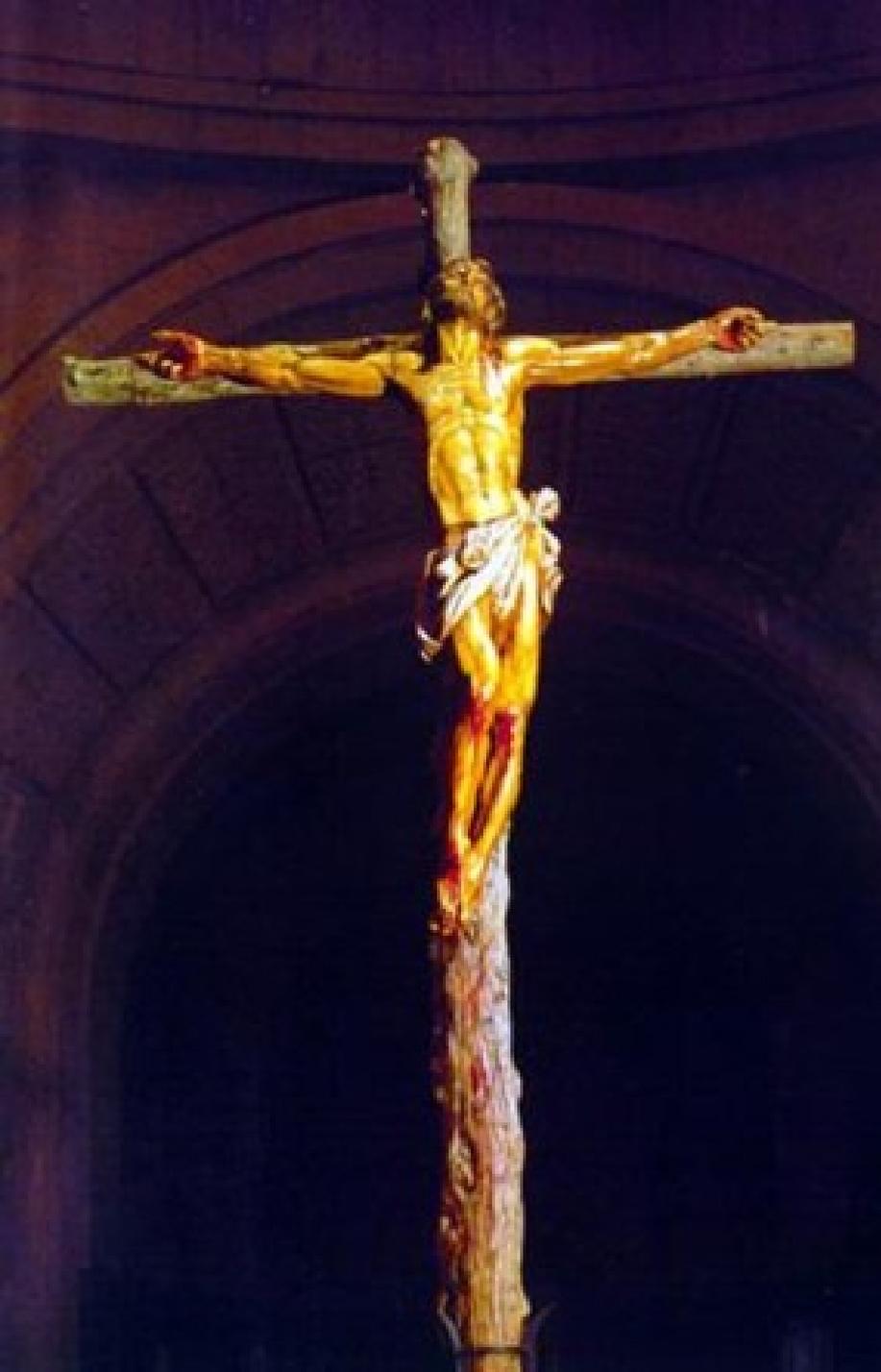
Juan de Ávalos era un republicano de izquierdas, carnet número 5 ó 7 del PSOE de Mérida. Este dato no impidió que Franco le encargara la realización de su empresa predilecta. Ávalos explicaba que él ganó «un concurso para hacer unas estatuas con un equipo donde no había 'esclavos' y que fue una obra hecha con la vergüenza de haber sufrido una guerra increíble entre hermanos y para enterrar a nuestros muertos juntos». El famoso escultor nunca me quiso decir la cantidad que cobró por las gigantescas cabezas de los evangelistas que figuran al pie de la Cruz, por las virtudes y por la Piedad, pero hay que pensar que fuera bien retribuido.

Tampoco estuvo mal pagado otro escultor, autor del auténtico protagonista del Valle, el Cristo «vasco» que preside el altar mayor de la Basílica. Nos referimos al artista guipuzcoano Julio Beobide. Porque en el Valle, como en «el monte del olvido» de la canción, están clavadas no una sino dos cruces. El Generalísimo «pasó» de política en el Valle. En realidad las dos cruces del Valle son «vascas». Pedro Muguruza es el «padre» de la del exterior, la de 150 metros, y Beobide de la del interior, la del altar.





En 1940, Franco, siempre previsor –recuerden lo de «atado y bien atado»– lo tenía todo «cortado y bien cortado» respecto al Valle. Hasta la madera para hacer su pieza favorita, un gran crucifijo que en el altar mayor de la Basílica es lo único que permanece iluminado durante la Consagración.



La madera para hacer la cruz de este Cristo la había elegido el propio Franco en la sierra al ver la forma de la rama de una sabina. La sabina es apreciada por su madera hermosa, fuerte y olorosa, ideal para fabricar violines y castañuelas.

Pero ahora venía lo más difícil: tenía que buscar alguien capaz de tallar «el Cristo más importante del siglo XX».



Y el Caudillo volvió a tener lo que le atribuían los moros: «baraka», suerte. Ese mismo verano, al ser invitado a una fiesta que daba el pintor Zuloaga en su casa de Zumaya, descubre en su capilla una figura que le deja deslumbrado. Es precisamente el Cristo que siempre había soñado para el altar mayor del Valle. Le pregunta quién es el autor de esta talla que el propio Zuloaga había policromado. Don Ignacio duda si ocultárselo, pero le acaba confesando que es de Beobide, un escultor nacionalista vasco.

Zuloaga también engaña al principio al escultor diciéndole que un americano se ha interesado por una copia del Cristo que había esculpido para su capilla. Franco sorprende a Zuloaga cuando le contesta que no le importa cómo piense políticamente el escultor. Además, lo que él quiere es que ese Cristo para en el altar del Valle de los Caídos sea símbolo de conciliación.





En ese momento el Cristo de Beobide empezó a entrar en la leyenda y a circular en torno a él una curiosa historia. Y es que se cuenta que para salvar el posible escollo con Beobide, Zuloaga le ocultó quién era el cliente, «porque de saber su destino jamás hubiera realizado el trabajo». Tal es una falacia porque Beobide supo pronto para quién y para dónde era el Cristo que le pedía Ignacio Zuloaga.

Y la prueba es el talón, por veinte mil pesetas –lo que entonces costaba un buen piso– que se le ingresa en su cuenta bancaria por orden de Franco, según se le comunica en carta de la Jefatura del Estado fechada en el Palacio de Oriente el 23 de Junio de 1941, un año después de la visita del general a Zumaya, y donde se le pide «acuse de recibo».





Franco nunca pensó en que le enterraran bajo ese Cristo. A Franco -otra vez la «cara» y la «cruz» del Valle- por culpa de las «broncas» que le organizaban allí los falangistas, ya no le gustaba que le llevaran a Cuelgamuros... «ni vivo, ni muerto».

The image shows the interior of a grand cathedral, likely the Basilica of San Francisco de Asís in Madrid. In the foreground, a large, ornate floral arrangement with red and yellow ribbons sits on a dark wooden stand. The floor is highly reflective, showing the surrounding architecture. In the middle ground, a group of people, including several in white clerical robes, are gathered on a wide set of stone steps leading up to an altar area. A large, golden crucifix is mounted on the wall above the altar. The background features tall, fluted columns and a large arched window on the left side. The overall atmosphere is solemn and historical.

Pero ocurrió que a quien nadie se había atrevido a contradecir en vida, no se le respetó su última voluntad. Franco tenía previsto que le enterraran en el Cementerio de El Pardo, donde descansan todos los personajes del Régimen, pero al ver que su muerte estaba próxima, su familia y los altos cargos del Estado, incluido el Príncipe Juan Carlos, decidieron que su cuerpo descansase en el Valle de los Caídos. Y fue el futuro rey quien hubo de solicitar el enterramiento a la comunidad benedictina que rige la Basílica.

Hace poco, la periodista Victoria Prego publicó algún dato más que confirma esta realidad: «En los últimos días de la enfermedad del general, Arias Navarro preguntó a su hija Carmen si se le iba a enterrar en el Valle y la respuesta fue 'No'». Y continúa Prego: «Lo que sí consta es que las obras para acondicionar una tumba al otro lado del altar se realizaron a toda prisa, estando ya el dictador irremediablemente enfermo».





Así fue; y yo apporto este otro dato que aclara definitivamente que Franco no construyó el Valle para que fuera su gran mausoleo: de labios de un oficial de su escolta al que encargaron preparar su tumba en un par de semanas, escuché los problemas que hubo que resolver, incluso de inundación por rotura de cañerías, para hacer una fosa improvisada detrás del altar, ya que en su día sólo se hizo la destinada a enterrar los restos de José Antonio.



Pero dejemos que Victoria sume otro argumento valioso: «Consta también, y hay testimonio de ello, que a comienzos de los 70, Franco envió a su mujer a visitar la cripta de la ermita del cementerio de El Pardo, que está adornada por los mismos artistas que participaron en la decoración del Valle de los Caídos. Y consta que en esa cripta había una urna funeraria con capacidad sobrada para dos cuerpos y que, una vez enterrado Franco en Cuelgamuros, esa urna fue retirada. Y finalmente consta que allí reposan ahora en solitario los restos de su viuda, Carmen Polo».



¿Cuántos restos, además de los de José Antonio y Franco, hay de verdad en el Valle de los Caídos? La cifra, siempre discutida, se ha movido de setenta mil a treinta mil. Pero ya está bien de contar muertos. Que descansen todos en paz bajo las dos cruces: la de fuera, del arquitecto vizcaíno Pedro Muguruza, y la de dentro de la Basílica, del escultor guipuzcoano, Julio Beobide.



Vasco era también Carmelo Larrea, el autor de la canción «Dos cruces» donde se decía que «están clavadas en el monte del olvido». No estaría mal que también el Valle de los Caídos fuera «el Valle del Olvido». No siempre es bueno recordar y ya es un tópico que «hay que recordar para no repetir».

Lo mejor para no repetir es perdonar. Y olvidar. No puede ser lo de «yo perdono pero no olvido». Hay que olvidar todos los muertos.





Aquí están. Eran hombres y tenían la vida por delante y tan hermosa que España era a sus pies como una rosa o como un leño al fuego en el que ardian...

Lucharon como torres que caían para llegar al cielo y, poderosa, la guerra les fue dando, fosa a fosa, razón para saber por qué morían.

Y sucede que, al fin, todos iguales están bajo esta roca, horizontales, dándole peso y sombra a la montaña.

Y aquí, sobre el silencio de los muertos, los brazos de la Cruz están abiertos como clamando al cielo por España.

FIN

